

divergentes, que el resultado hubiera sido menos sistemático, más fragmentario y posiblemente inabarcable. El hecho de que la investigación haya culminado en dos libros en vez de uno, que es lo que Woolf había previsto en principio, es un buen reflejo de este problema inherente a la metodología elegida.

En resumen. Desde una perspectiva original, Woolf ha estudiado temas de interés interdisciplinar como la formación de la conciencia nacional (británica), la exotización del “otro” (cultura popular), la prehistoria de las ciencias modernas y la relación entre lo oral, lo visual y lo escrito (en los siglos XVI y XVII). Más de veinte años después de escuchar a K. Thomas, buscando puntos de unión con las ciencias sociales, Woolf ha logrado emancipar la historia de la historiografía del patronazgo de la historia de las ideas. Por el camino ha descubierto muchas puertas que ahora esperan a ser cruzadas por quien quiera escucharle a él.

Doctor por la universidad de Oxford, Daniel R. Woolf (n. 1958) es profesor de historia moderna e historia de la historiografía en la universidad de Alberta (Canadá). Es autor de *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000 y *The Idea of History in Early Stuart England: Erudition, Ideology and the “Light of Truth” from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990; así como de artículos sobre la “cultura histórica” en la Inglaterra de la Edad Moderna. Recientemente ha editado *A Global Encyclopedia of Historical Writing*, New York, Garland, 1998 y, en colaboración con Adam Fox, *The Spoken Word: Oral Culture in Britain, 1500-1850*, Manchester, Manchester University Press, 2002.

Julián Díez Torres  
Universidad de Navarra

**Popkin, Jeremy D.**, *History, Historians & Autobiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 2005, 339 pp. ISBN: 0226675432.

Acknowledgments. Introduction. 1. History and autobiography. 2. Narrative theory, history, and autobiography. 3. Historians as autobiographers. 4. Two classic historians' autobiographies: Edward Gibbon and Henry Adams. 5. Choosing history: the issue of vocation in historians' autobiographies. 6. Speaking of careers: historians on their professional work. 7. Historians' autobiographies and historical experience. 8. Holocaust memories, historians' memoirs. 9. Historians and the redefinition of personal narrative. Conclusion. Notes. Bibliography. Index.

Las autobiografías de historiadores han proliferado en estos últimos años de manera sustancial. Este fenómeno intelectual tiene sus orígenes a finales de los años setenta. Los historiadores empezaron a contar sus vidas desde aquellos años, favorecidos por un momento epistemológico en el que se empezaban a primar las historias singulares sobre las colectivas y la primera persona del singular era legimitada como sujeto histórico. Existían, ciertamente, algunos precedentes. Los más conocidos eran las memorias del

[MyC, 8, 2005, 259-336]

historiador británico Edward Gibbon (1796) y la autobiografía del historiador norteamericano Henry Adams (1918). Pero se trataba de unos relatos que entraban dentro del canon de la literatura clásica, y no tanto del ámbito específico de las autobiografías académicas.

En 1972, Fernand Braudel fue requerido por la prestigiosa revista *The Journal of Modern History* para contar su itinerario historiográfico, poniendo especial énfasis en las circunstancias que rodearon la creación de su monumental *Mediterráneo*, publicado en 1949. El historiador francés, aunque con no poca resistencia, accedió a los deseos de los editores de esa revista. El resultado fue un conciso pero succulento relato, en el que se arrojaban luces que hacían aumentar considerablemente las posibilidades de una mayor comprensión de una de las obras históricas más influyentes del siglo veinte. Braudel rompía el encanto de uno de los secretos mejor guardados por parte de los historiadores: el proceso de elaboración de las propias obras o, dicho de otro modo, las circunstancias que acompañaron y quizás condicionaron la articulación de sus textos históricos. Se inauguraba así un nuevo subgénero, el de las autobiografías académicas de los historiadores.

En 1987, siguiendo acaso el ejemplo de Braudel, Pierre Nora reunió a algunos historiadores franceses, cuyas carreras académicas estaban ya plenamente consolidadas y les pidió que narraran, en unas pocas páginas, su itinerario intelectual. Fue así como nacieron los “ejercicios de egohistoria”, en los que los historiadores relataban en primera persona sus propias vivencias académicas. En aquel volumen colaboraron Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Girardet, Jacques Le Goff, Michelle Perrot, y René Rémond, historiadores que gozaban ya de un reconocido prestigio entre sus colegas. El mismo Popkin relata, en la primera página de su libro, la sorpresa que tuvo el día que se topó con ese volumen de egohistoria, mientras curioseaba, apaciblemente, las estanterías de una librería alemana, en el curso de un año sabático del que estaba gozando. El tema le atrajo desde el primer momento. Aquel descubrimiento abrió un panorama al historiador norteamericano (que hasta entonces era una reconocido especialista en la Revolución francesa), del que el libro que ahora se reseña es un fruto bien elocuente. En la Introducción, explica que él había oído contar a los historiadores, infinidad de veces y de un modo informal, los avatares de la construcción de sus obras históricas y las conexiones entre sus vivencias personales y sus intereses en la investigación. Pero nunca había visto publicadas esas experiencias, contadas además de un modo sistemático a través de una narración autobiográfica.

Espoleado por esta primera experiencia, Popkin trabajó durante años en la recopilación sistemática y exhaustiva de los textos autobiográficos de los historiadores. Al mismo tiempo, se fue familiarizando con la literatura académica sobre la naturaleza y el significado del género autobiográfico,

entre la que destacan autores como James Olney, Philippe Lejeune, Paul John Eakin, Elizabeth Bruss, Patricia Meyer Spacks y muchos otros que aparecen en la abundante bibliografía que cita al final de su libro. Una vez localizada toda la producción autobiográfica de los historiadores, Popkin se propuso analizarla e interpretarla a la luz de las teorías sobre autobiografía provenientes de la crítica literaria. Durante estos últimos años, ha ido publicando algunos artículos en prestigiosas revistas inglesas y norteamericanas, que han sido como una avanzadilla del estudio sistemático que estaba realizando – aconsejo especialmente dos de ellos: “Historians on the Autobiographical Frontier”, *American Historical Review*, 104 (1999), pp. 725-748 y “Coordinated Lives: Between Autobiography and Scholarship”, *Biography*, 24 (2001), pp. 781-805. Finalmente, fruto de estos años de trabajo, ha publicado el presente libro en el año 2005.

Popkin se propone un doble objetivo a través del análisis de las autobiografías de historiadores. Por una parte, alcanzar una mejor comprensión de la naturaleza de la historia y de sus complicadas conexiones con las experiencias individuales; por otra, llegar a una mejor comprensión del género autobiográfico. Para conseguir sus objetivos, el historiador norteamericano se mueve a dos niveles: el histórico y el de la crítica literaria. El primero le proporciona las herramientas para una lectura de los textos autobiográficos a un primer nivel, el descubrimiento de las vivencias de los historiadores a través de su propio relato. El segundo le dota de la metodología necesaria para interpretar un género de una evidente complejidad epistemológica. Esto le lleva, ya desde el primer capítulo, a preguntarse por una de las cuestiones nucleares: ¿es la autobiografía un género histórico o un género literario? La cuestión tiene repercusiones muy prácticas en el caso de las autobiografías de los historiadores. En primer lugar, porque si se trata de un género histórico se asegura la credibilidad de estas autobiografías como documentos históricos y, por tanto, su fiabilidad como fuente de información para el conocimiento de las vivencias que los propios historiadores están contando – y prácticamente de identifica la autobiografía con la biografía. En segundo lugar, porque si se trata de un género literario, se comprende muy bien el reparo de los historiadores en contar sus propias vidas, porque se están adentrando en un género que contradice radicalmente el tipo de oficio al que se han dedicado durante toda su vida académica. Popkin se muestra muy cauteloso y concluye que la autobiografía puede considerarse un género híbrido, entre la historia y la literatura, entre la realidad y la ficción, como afirma a lo largo del primer capítulo (“History and Autobiography”) de corte claramente teórico. En este capítulo también se refiere a la interesante cuestión de que el historiador, al escribir su propia historia, descubre que hay otros modos de entender y narrar el pasado (la misma autobiografía) diferentes del que él a experimentado

durante toda su trayectoria científica. Además, el historiador se siente algo incómodo con el uso de la primera persona del singular, de la que siempre ha tenido una cierta aprehensión y la ha reservado, todo lo más, a los agradecimientos, al prólogo, y a algún párrafo de la introducción en el que se ha referido someramente alguna cuestión referente al proceso de elaboración de la propia obra.

El segundo capítulo (“Narrative Theory, History, and Autobiography”), también de corte teórico, Popkin lo dedica a repasar las teorías de Hayden White, Paul Ricoeur y David Carr, aplicadas al análisis de la naturaleza epistemológica de la autobiografía. Este recorrido le permite meterse de lleno en otro de los temas nucleares con que se enfrenta cualquier estudioso de la autobiografía: las fronteras entre historia, autobiografía y ficción. La propuesta de Popkin concuerda bastante con la de los recientes historiógrafos y críticos literarios –encabezados por el propio Hayden White–, que han enfatizado la naturaleza de los textos históricos como artefactos literarios. De este modo, las fronteras entre ficción y realidad se hacen más permeables de lo que tradicionalmente se habían considerado. Los historiadores se hacen más conscientes de que sus narraciones tienen una dimensión narrativa –y, por tanto, aparentemente extracientífica– mayor de la que puede parecer a primera vista, lo que les asimila formalmente a los relatos de ficción, aunque el contenido siga dependiendo al ámbito de la referencialidad. Todo ello tiene una aplicabilidad evidente en el género autobiográfico, que al fin y al cabo es una narración del pasado (y, por tanto, histórica) en forma narrativa (literaria).

En los restantes capítulos del libro, Popkin se centra en el análisis temático de las autobiografías escritas por los propios historiadores. Para esto, se focaliza en las narraciones autobiográficas convencionales, dejando aparte las restantes fuentes en primera persona (entrevistas, dietarios u otros residuos autobiográficos), que utiliza sólo secundaria o complementariamente. Así, en el capítulo 3 (“Historians as Autobiographers”), Popkin presenta un buen número de autobiografías de historiadores, publicadas todas ellas en los últimos veinte años, y se pregunta por las características comunes de esos textos y las motivaciones de los historiadores a la hora de contarnos sus propias historias. También reflexiona sobre lo que las autobiografías nos cuentan acerca de las características y la estructura de la comunidad de los historiadores. En el siguiente capítulo, más sencillo desde el punto de vista epistemológico, analiza las dos historiografías de historiadores consideradas como “clásicas”, las de Edward Gibbon y Henry Adams. Popkin introduce en su libro el análisis de estas dos autobiografías –que quedan fuera del campo cronológico de todas las demás– con la intención de considerarlas como precedentes y de conectar algunas de las realidades que, a su entender, permanecen inalterables en el género de las autobiografías de historiadores.

Los capítulos 5 y 6 están dedicados al interesante y específico campo de la “autobiografía académica”. Popkin selecciona aquellos textos que dan más pistas sobre el itinerario académico de los historiadores, adentrándose en el campo de las motivaciones de la elección de la profesión histórica –algo que él denomina la “vocación”– y en el de las vivencias profesionales recogidas por los historiadores en sus narraciones. No hay que decir que este capítulo (“Speaking of Careers: Historians on Their Professional Lives”) es de una viveza extraordinaria y de notable interés para cualquier historiador que viva apasionadamente su profesión. No menos interesante se presenta el capítulo 7 (“Historians’ Autobiographies and Historical Experience”), donde Popkin utiliza las autobiografías de historiadores en su sentido más aparente, como fuentes históricas. Esto le permite conocer algunos detalles en la biografía de los historiadores –muchos de ellos inaccesibles si no hubiera sido a través de su relato autobiográfico– que nos permiten además ponerlos en conexión con los textos históricos de esos historiadores y ahondar por tanto en las circunstancias concretas en las que fueron articulados: si fueron afectados por las guerras, el cautiverio, los problemas familiares o los compromisos políticos asumidos por los historiadores. En el capítulo siguiente, Popkin se centra exclusivamente en las abundantes narraciones de historiadores que vivieron el trauma del Holocausto, uno de los temas que más ha avivado el debate teórico de los últimos años, a través sobre todo de los sugerentes ensayos de Dominick LaCapra. Popkin pone de manifiesto, de modo muy significativo y al mismo tiempo paradójico, que en este ámbito los testimonios personales y las narraciones autobiográficas han tenido más impacto que las propias narraciones históricas.

En el último capítulo (“Historians and the Reshaping of Personal Narrative”), Popkin vuelve a las cuestiones teóricas que había afrontado en los primeros capítulos, examinando el aprovechamiento que los historiadores hacen de un género que, en principio, les es extraño, pero del que descorchan al máximo su fuerza expresiva. De este modo, algunos historiadores han utilizado este género para legitimar y justificar algunas de las actuaciones que puedan haber sido malinterpretadas por sus colegas a lo largo de su carrera, haciendo referencia a problemas de identidad, fracturas sociales y reivindicaciones de género. En la conclusión, el autor recapitula los temas centrales del libro, entre los que destacan las relaciones entre la historia y la literatura, la naturaleza de la autobiografía y, concretamente, si las autobiografías de historiadores han contribuido y en qué medida al enriquecimiento del género específico de la literatura autobiográfica.

El historiador norteamericano se atribuye en algún momento la función de rescatar con su libro unos textos autobiográficos que estaban en el olvido. Sin embargo, más que un “descubridor” de ese género, el libro de Popkin tiene sobre todo el valor de haber analizado esos textos de modo

sistemático. Sin ir más lejos, disponemos ahora de una bibliografía exhaustiva de las publicaciones disponibles de autobiografías de historiadores (ver la útil bibliografía de las pp. 307-322). Por otra parte, Popkin afirma que está sobre todo interesado en esos textos como ejemplo de escritura autobiográfica más que como fuentes históricas o biográficas. Es interesante este matiz, porque él mismo reconoce que en el libro actúa más como “crítico literario” que como “historiador”, que es lo que realmente es. Nadie podrá negar que sale claramente airoso del intento, aunque –y este es el primero de los dos únicos reparos que le pondría al libro– Popkin (como buen historiador que en realidad es) se muestra quizás demasiado cauto a la hora de interpretar los textos. Como consecuencia, se echa en falta una mayor profundidad, originalidad y versatilidad en el comentario de los textos, que son cualidades precisamente más propias de los críticos literarios que de los historiadores. El segundo reparo que pondría es que el libro se mueve a un nivel expositivo, lineal, con un lenguaje sobrio, lo que le hace enormemente coherente y sólido, pero falta una tesis de fondo unificadora. Al final de la lectura, se tiene la feliz sensación de haber podido conocer a fondo las vidas de los historiadores, su original faceta de autobiógrafos, las vinculaciones entre la historia y la literatura, las conexiones entre los grandes acontecimientos históricos experimentados por los historiadores y su biografía personal, pero no se es capaz de responder a la pregunta de cuál es la tesis central que defiende Popkin.

Con todo, no tengo ningún reparo en afirmar que estamos ante un libro importante, de esos que aparecen de vez en cuando como fundadores de una nueva corriente o un nuevo subgénero historiográfico. En este caso, Popkin ha dado el pistoletazo de salida cara al análisis del género de las autobiografías de historiadores, que se presenta como un ámbito suculento desde el punto de vista temático y jugoso desde el punto de vista metodológico y epistemológico.

Nacido en 1948, ha sido profesor en diversas universidades norteamericanas (Kentucky, Brown y Princeton). Entre otras, ha publicado las siguientes monografías: *The right-wing press in France, 1792-1800* (1980); *News and politics in the age of revolution: Jean Luzca and the 'Gazette de Leyde'* (1989); *Revolutionary news: the press in France, 1789-1799* (1990); *A history of modern France* (1994); *A short history of the French Revolution* (1995); *Press, revolution and social identities in France, 1830-1835* (2002). Como editor, ha publicado *Media and revolution* (1995).

Jaume Aurell  
Universidad de Navarra

**Lewis-Williams, David**, *La mente en la caverna. La conciencia y los orígenes del arte*, Madrid, Akal Ediciones, 2005, 328 pp. Rústica. Colección Arqueología 5, dirigida por Marisa Ruiz-Gálvez Priego. ISBN-10: 84-460-2062-9. ISBN-13: 84-460-2062-2. Traducción: Enrique Herrando Pérez.

[MyC, 8, 2005, 259-336]